

frente a τυκίσματα de Bond, lo mismo que τύχοις de Lee frente a τύκοις de Bond en el v. 945 no deja de ser una mera opción gráfica), siguen el mismo criterio a la hora de la elección conjetural. En el verso citado, Bond sigue al manuscrito que escribe τὰ τῶν θεῶν γε, y Lee, también Murray, eligen la conjetura de Headlam τὰ γ' ἐκ θεῶν. Destaquemos también la misma elección incluso en la posibilidad de que los vv. 1291-1293, 1299-1300 sean interpolados.

A pesar de lo dicho, y precisamente por lo dicho y lo no dicho, tenemos que terminar diciendo que la edición que Lee ha hecho del *Heracles* es muy importante y digna de ser tenida en cuenta a la hora de cualquier estudio ulterior del drama de Eurípides.

J. M.<sup>a</sup> MARCOS PÉREZ

EURÍPIDES, *Phoenissae*, Ed. D. J. Mastronarde. Teubner Verlagsgesellschaft. Leipzig 1988, pp. IL + 154.

Consta el presente libro de un prefacio en el que se estudian los diversos temas que se especifican en la cabecera: acerca de los códices de las *Fenicias* (pp. V-XIII), tanto de los códices anteriores al año 1260, cinco en total, como los dieciocho posteriores a ese año y que están conectados con las recensiones de Moscopulo, Tomás, Triclinio. Una segunda parte dedicada a las referencias de las gnomologías que corrían en la antigüedad, sentencias entresacadas de las obras de Eurípides, escritas por autor o autores anónimos, y recogidas en papiros y códices. Viene después un estudio amplio y profundo de los papiros, de los muchos testimonios y escolios de la obra que nos ocupa, así como las numerosas interpolaciones que hay en las *Fenicias*, la obra de Eurípides más manipulada detrás de *Ifigenía en Áulide*, en parte por la estructura de la situación, sentimientos y hábitos de los personajes, estilo del drama; en parte porque la obra no tuvo demasiada buena fama. Al final, en las páginas 128-143, hay un estilo especial, *appendix coniecturarum*, de la problemática conjetural de la obra. Continúa el prefacio con las ediciones habidas desde 1503 en que Apolo Manucio la publicó por primera vez, con un estudio de la misma, errores de las familias de códices; las publicadas en los siglos XVIII y XIX, destacando la *editio maior* de Kirchhoff, y las del XX, especialmente las de Wecklein y Murray. Sigue nuestro editor dando razón de su edición, algunas observaciones sobre la ortografía y termina con las gracias a todos los colaboradores, personas y entidades. Prosigue el editor con un *conspectus editionum potiorum*, bien sean del texto sólo, bien del texto, traducción y/o comentarios. Unas cincuenta ediciones desde 1503 hasta la de Scarcella en 1957.

Mastronarde nos presenta después una panorámica de libros, disertaciones, comentarios en los que se explica, se juzga la obra, se enmiendan o se indican los lugares defectuosos, enmiendas, conjeturas, etc. La aportación de títulos es

realmente abrumadora (pp. XIX-XLIV) y caracteriza la labor de minuciosidad y celo del editor. A continuación coloca las siglas de las revistas consultadas.

El resto del prefacio lo componen las siglas y *notae* de los códices, de las familias de éstos, de las gnomologías existentes, de los fragmentos de los papiros y de las abreviaturas que aparecen en el texto.

Empieza éste con los *argumenta potiora*, muy mutilado, pero reconstruido, el primero, muy limpios segundo y tercero, y similares los tres cuentan sintéticamente el argumento de la obra y sus preámbulos. Más restringidos son los dos siguientes, en los que se destaca la gnomología en el uno y en el otro que la ticoscopia no es del drama. Continúa la narración del oráculo de Layo, el enigma de la Esfinge, la solución del enigma y un argumento breve y mutilado de Aristófanes de Bizancio.

Vienen después los *argumenta minora*, enraizados en el ciclo tebano, pero no referidos necesariamente al tema de las *Fenicias*: el enamoramiento de Layo por Crisipo, hijo de Pélope, y el oráculo del hijo vengador, si lo hubiere, la fundación de Tebas por Cadmo, la genealogía de la casa de Tebas desde Épafo a Polinices, los nombres de las Siete contra Tebas en su segunda generación (los Epígonos), la descendencia de Yocasta y Edipo, etcétera.

Seguidamente se nos cuenta la historia de Tebas, la Esfinge, Layo, Crisipo, etcétera, según el historiador Pisandro; a continuación el largo *argumentum thomanum*: es la historia anterior ampliada al rapto de Europa por Zeus, la búsqueda que Cadmo hace y su llegada a Delfos, el oráculo del seguimiento de la novilla (aquí se habla de vaca), la fundación de Tebas, la de las siete puertas por los siete tonos musicales, la descendencia de Cadmo, el incidente de Layo y Crisipo, «primer caso de falta de virilidad entre los hombres» (parece que esa falta ya se había dado entre los dioses, por lo que Zeus raptó a Ganimedes), la maldición de Pélope, Layo sin hijos, Layo ante la Pitia para pedir descendencia y el oráculo «el hijo te acarreará la perdición», el nacimiento de Edipo con toda clase de detalles. Resaltemos que en este argumento la Esfinge es mandada por Ares, no por Hera, «para vengarse por la muerte de su hijo, el dragón al que Cadmo mató para esparcir los dientes».

El drama presente es de los de quita y pon, antológico en sentencias, muchas, hermosas y abigarradas, y Eurípides puso un coro de fenicias para contraponerlo a la pieza de Ésquilo, explica el porqué de la estancia en Tebas de estas asiáticas y finaliza con los personajes de la obra.

La página 15 se reserva a los personajes del drama y la datación de la obra después del año 412, pero antes del 408, por el estudio de la lengua de los trímetros.

Las páginas 16-127 recogen los 1.766 versos de *Fenicias* con todo el aparato crítico presumible: citas de los antiguos, lecciones de los códices y papiros, emiendas de los críticos modernos. Es un arsenal filológico digno de los elogios más encomiásticos. Además, especifica el editor cada una de las escenas que apa-

recen en la obra en su parte episódica y marca las sinalefas que se producen en el texto.

Las páginas 144-154 se reservan al *conspectus metrorum* con las explicaciones necesarias y un *addenda et corrigenda*.

Nos gustaría comentar brevemente los versos que Mastronarde excluye o tiende a secluir del texto de Eurípides, sin entrar para nada en la exclusión de palabras aisladas como παῖς (v. 259), ποδός (v. 303), δικών (v. 668), πάτερ (v. 1508), ἔζομένα (v. 1516), ἰαγήσω (v. 1523, aunque aquí forme un verso completo para Mastronarde), ἔχων (v. 1722).

Vv. 1-2. No vemos la razón de la supresión de estos versos que van muy a tono con el carácter grandilocuente y retórico del prólogo, por más que algunos papiros no los recojan.

V. 11. Es, sin duda, un verso parentético, que se puede excluir, como indicó ya Paley. Como bien muestra Mastronarde, es difícil y se hace dudosa la supresión porque viene a reforzar la identificación mejor del personaje.

V. 51. Evidentemente es un verso redundante, con la consiguiente elisión del mismo desde Valkenaer, y de la que se hacen eco Murray, Chapoutier, Mastronarde, etcétera.

Vv. 141-144. Secluidos ya por Schumacher y Stahl, Murray y Mastronarde siguen en esa misma línea. No obstante, podría pensarse quizá en la posibilidad del mantenimiento de ellos, a excepción del 143 (igual al 97), por apoyar un paralelismo en la presentación de los *Siete*, al que es muy dado Eurípides en otros muchos puntos de su obra.

V. 375. Nos parece evidente la omisión de este verso, al menos. La construcción sintáctica es dura, con un participio en el segundo elemento de la coordinación. Usener suprime también los dos versos siguientes.

V. 428. Parece innecesaria de todo punto la aclaración que trae este verso. Ya δισσοῖς γαμβροῖς es lo suficientemente claro como para que se tenga que especificar quiénes eran los dos yernos de Adrasto.

V. 558. Lo borra Valckenaer, pero Nauck va más lejos y secluye también los tres versos anteriores. Todo este texto entra en la línea sentenciosa de Eurípides, en especial cuando el personaje es persona experimentada en la vida. En estos casos es muy difícil de determinar si todo el texto corresponde al autor o parte de él ha sido interpolado posteriormente. ¿Hasta qué punto, pues, el verso puede o debe ser excluido como de Eurípides? Lo que sí es cierto es que Plutarco cita como de Eurípides los vv. 555-7 (*Escrito de consolación a Apolonio*, 106a), pero el verso siguiente no entra en la idea que aquí desarrolla Plutarco. Por lo que nos quedamos con las ganas de saber si el verso que comentamos es o no de Eurípides.

V. 756. Entendemos pleonástico el verso y digno de ser eliminado, como lo ha creído Valckenaer, Murray y Mastronarde, entre otros.

V. 778. Ya en el v. 774 se recoge el pensamiento que en éste se expresa. No cabe duda, por tanto, de que su exclusión parece justificada. Por otra parte, el

dirigirse a los esclavos expresándolo previamente no es una medida corriente en la obra euripídea, ya que bastaría con los versos siguientes directos.

V. 912. Vemos en éste un verso innecesario. Tiresias no tiene por qué decir aquello que se le ha pedido versos atrás: «¿Qué debemos hacer para salvar la ciudad?» (864). Nos parece acertada la opinión de Kirchhoff y de sus seguidores cuando borran este verso de este texto.

Vv. 1013-18. Entra dentro de la lógica el que el verso 1012 con la frase formular εἶρηται λόγος sea un final de episodio y de parlamento de un personaje que, como Meneceo, parte a la vida de la fama. Por ello varios críticos prefieren prescindir de estos versos como fuera de contexto. Entre ellos Mastronarde, y nosotros alabamos su opinión, por más que editores como Murray y Méridier-Chapoutier prefieren seguir a Estobeo y mantener estos versos como de Eurípides, desde el 1015 en adelante, al menos.

V. 1075. Siguiendo a Valckenaer entienden espurio este verso todos los editores manejados.

V. 1136. Mastronarde sigue a Murray en la eliminación de este verso, que otros editores consideran correcto. De pensar en la supresión no estaría de más, pensamos, considerar la enmienda que propone Wecklein sustituyendo γραφή por ὕδρα.

V. 1184. Geel secluye este verso. Murray y Méridier prefieren hacer espurios también el anterior y el siguiente. Creemos que no es necesario suprimir más que la aposición que Mastronarde excluye.

V. 1225. El códice da la pauta para apartar este verso y los editores modernos han considerado atinada la propuesta.

V. 1346. Omitido por algunos códices y suprimido también por Murray, cabe, como opina Mastronarde, mantenerlo a condición de que la Corifeo diga el v. 1345; de lo contrario, sería demasiado reiterante. Creemos que la métrica (v. 1345 son docmios) viene a mostrarnos que es más adecuado mantener este verso en boca de Creonte y suprimir el 1346.

V. 1358. Nos parece claramente espurio. No tiene razón de ser el resto del predicamento si Creonte «hubiera visto lo acontecido».

V. 1362. Tautología innecesaria.

V. 1376. Es el mismo verso que Valckenaer elidió en v. 756. Me parece, siguiendo a Murray, que aquí está justificado. De esta opinión es también Méridier-Chapoutier.

V. 1430. Pensamos que no existe objeción a la elisión de este verso.

Desde v. 1595 hasta el final, los versos, en mayor o menor número, son puetos en duda. Es lo que ocurre con buena parte de los finales de las obras euripídeas. Vv. 1639-82 son borrados por E. Fraenkel, 1595-1614 o 1626 son descartados por otros autores.

V. 1596. No creemos necesario suprimir un verso que viene a llenar el sistema tripartito tan querido por Eurípides, a pesar de la insistencia en ello de otros críticos como L. Dinford, Valckenaer, etcétera.

V. 1634. Borrado por Valckenaer al que siguen Murray, Méridier, Mastronarde, etc., por influencia, sin duda, de los vv. 29-30 de la *Antígona* de Sófocles.

Vv. 1637-8. El editor sigue a Dinford a la hora de suprimir estos versos. Otros críticos se muestran partidarios de elidir sólo uno de los dos versos. No vemos una razón concluyente para excluirlos: nos parece muy a tono con el carácter bondadoso y paternal del Creonte de esta obra.

Vv. 1737-66. Son juzgados espurios por Kampfhenkel y Wilamowitz, y parte de ellos habían sido suprimidos por otros críticos. En verdad que da la impresión de algo postizo. Las palabras de Antígona: «He aquí los míseros dolores que te aguardan, padre: morir en algún lugar desterrado de tu patria» marcarían un buen final de obra. La continuación podría explicarse para dar término a asuntos no importantes del drama, como son la «sepultura» de Polinices, la despedida de Antígona de sus compañeras, las oraciones finales ante el altar, a decir su último adiós a la tumba de Sémele en el Citerón, o el estribillo final del Coro que no «cuadra» en la presente ocasión. Es el mismo con el que termina *Orestes e Ifigenia entre los tauros*.

No es nuestra intención entrar en problemas de índole crítica sobre la parte final de la obra. Ya hemos mencionado la manipulación de las *Fenicias* en una medida casi tan grande como la experimentada por *Ifigenia en Áulide*; si a ello añadimos las complicaciones de los finales dramáticos desde el punto de vista editorial, podremos darnos una idea de las dificultades que entraña este final. Para más abundancia de lo que decimos puede consultarse la introducción que Chapoutier hace de las *Fenicias* en *Les Phéniciennes*, París 1950, pp. 123-149, especialmente desde la p. 139 hasta el final. Lo que no comprendemos de Chapoutier es que mida con tanta simplicidad los personajes de Eurípides como para decir de ellos que su número es excesivo: «Ne saurait compenser l'absence d'une figure central autour de laquelle s'organise l'action...» (p. 149). Da la impresión de que todo lo que se salga de la simplicidad argumental y *prosopónica* de Ésquilo son dificultades e inconvenientes, artificialidad y complicaciones que deben estar lejos de toda obra literaria importante. ¿Es que no tenemos en *Fenicias* una situación aglutinante de la acción y es la tiría Tebas? ¿No lo explica así el título mismo de la obra? No se llama Yocasta, ni Eteocles, ni Polinices, se intitula *Fenicias*. Pensamos, por tanto, que la obra parte de una unidad temática, o «afectiva», como diría J. De Romilly en *La modernité d'Euripide*, PUF, 1986, p. 81, con tanta fuerza como pueden tener *Hipólito*, *Andrómaca*, o cualquiera de los dramas de los otros trágicos.

Volviendo de nuevo a la edición, tenemos que manifestar nuestro aplauso por la crítica tan minuciosa, clarividente y atinada que ha utilizado Mastronarde en la edición de esta obra. Si la edición de Wecklein plantó un hito en la historia crítica editorial de las *Fenicias*, hoy tenemos que hablar de antes de *Phoenissae* de D. J. Mastronarde y de después de la misma.